

## Primeros recuerdos de Alejandro en París y Perú. Homenaje a Alejandro Ortiz Rescaniere<sup>1</sup>

Michel BRAUDEAU

Periodista, escritor y editor  
[braudeau@gmail.com](mailto:braudeau@gmail.com)

RECUERDO EL PRIMER DÍA que conocí a Alejandro en París, un joven bastante alto y delgado, vestido con traje, en un apartamento situado en la decimocuarta planta, sobre la estación de Montparnasse. Está con Marie-France, su prometida, en casa de Pierre y Michèle, la hermana de Marie-France, en una capital aún convulsa tras Mayo del 68. Yo tengo unos veinte años. En unos días los novios se irán al Perú. ¿Para qué? ¿Qué se podría vivir en este mundo justo después del 68?

---

1 Traducción realizada por Juan Javier Rivera Andía con la revisión y aprobación del autor. El traductor agradece, asimismo, la ayuda recibida por Valentín Ortiz, hijo de Alejandro Ortiz Rescaniere.

Me dijeron que el distinguido Alejandro era antropólogo, alumno de Claude Lévi-Strauss y José María Arguedas, famosos aquí y allá. ¿Iré algún día a ese país de chamanes y de masacres? Alejandro estaba contento de venir a París y está igualmente contento de irse; se alegra con facilidad. Su cabello negro azabache ya se le está despeinando un poco. No le presta ninguna atención. Tiene prestancia, este sabio.

Apenas diez años después, el mundo ha cambiado. Dos amigos de la universidad se van de vacaciones al Perú y me proponen acompañarlos. Me alojo en Lima, en casa de los entonces recién casados de Montparnasse, en una gran mansión de la avenida Dos de Mayo, donde su pequeño, llamado Valentín, me presta su habitación y su colección de Mickey. Sus padres se muestran apacibles. Alejandro sigue igual, con una gran curiosidad por todo lo que le rodea. Me sugiere que viaje solo a la Amazonía y que dé un paseo por el río. Cojo un avión un poco destartado hacia Iquitos, ciudad en medio de la selva. El mercado fue construido según los planos de Eiffel, en la municipalidad se exponen moldes de cera para ilustrar los rostros de grandes criminales y también rostros devastados por enfermedades venéreas. Los indios soplan en cerbatanas y se vuelven a poner sus pantalones de jeans apenas se marchan los gringos. Un periódico roto en el barro informa que «¡El rey del rock ha muerto!». Elvis Presley acaba de fallecer en Graceland, el 16 de agosto de 1977. Este Perú para turistas, sin las palabras de Alejandro, no es lo que esperaba. ¿Será Alejandro consciente de ello? No estoy seguro.

Él mismo desconfía de las fronteras y del sentido común; tal es la esencia de su profesión, pero yo aún no lo advierto. También intuyo que es necesario dejarse llevar por cierta ingenuidad, no imaginar solamente cálculos y astucias. En cambio, muchos proyectos humanos son falsamente sencillos y pueden interpretarse de forma compleja; incluso, a veces, de manera inocente. Pero Alejandro no se apresura en ponerme al corriente de sus pensamientos. No solo le gusta pasear conmigo por esta Lima que conoce tan bien, sino que

parece redescubrirla, casi por cortesía. Su propensión a distraerse y bromear me inclina a pensar que comparte mi curiosidad, que se muestra dispuesto a adoptar mi mirada europea (al menos tal y como él se la imagina) como una forma de burlarse un poco de todo. El barrio de Miraflores, cerca de la costa, ya es muy burgués en esa época. Encontramos suntuosas mansiones en las que se ha gastado mucho dinero y también muchas casas bellas y sofisticadas, rodeadas de árboles, flores, estanques y estatuas. Estas son mis favoritas. Siendo las primeras demasiado grandes, allí se temen todos los excesos, Dianas cazadoras, cascadas de ninfas de yeso en bosquecillos; y uno se cansa de ellas. Las segundas, en cambio, aunque a veces dejen entrever esfuerzo y torpeza, no dejan de alegrar el ambiente.

Estamos en una capital costera donde el esplendor de los barrios privilegiados se despliega o se derrumba vertiginosamente, pero en Lima, además, los terremotos y los golpes de Estado pueden ser implacables alterando las reglas del juego. Le pregunto a Alejandro por qué una escalera se detiene en medio de una pared, sin salida, o para qué sirven los muebles de piedra en una terraza a la que no se puede subir. Él se lo pregunta también. Quizá se produjera un revés financiero durante la construcción. Solo se conservan las puertas o ventanas ya instaladas; las reformas indispensables vendrán más tarde, o quizá nunca, como los millones necesarios. Decenas de casas inacabadas se elevan así, con un gran estilo, hacia un cielo gris rosado. Algún día sus herederos sin un centavo las mandarían a derribar con excavadoras, en una sola noche, para vender el terreno a un promotor inmobiliario. Sin embargo, señala Alejandro, nada frenará verdaderamente aquel entusiasmo de los primeros constructores que corrieran el riesgo de construirse un palacio con columnas y faroles aún más vainilla y chocolate que el de su vecino, arruinado, el pobre.

No solo Miraflores despliega las reliquias de una época dorada y de la aficción de los arquitectos. En La Punta, barrio de los marineros, podemos observar la misma exuberancia, pero con toques inesperados

de exotismo, como ese gran edificio arruinado, mitad templo hindú y mitad pagoda, que se tambalea en una intersección. Un capitán retirado mandó construir una réplica a tamaño real de su barco. Dos plantas con portillos que dan a la vereda, el casco que se ensancha y eleva el puente; las grandes chimeneas negras parecen imposturas, pero resisten la brisa del mar. En Lima, es sabido, el aire suele ser muy húmedo, pero casi nunca llueve. El capitán pasó sus últimos años a bordo, por encima de los autos de las calles. Este falso barco no es solo una muestra de riqueza, sino más bien un vestigio sentimental, el escombros de una vida a la que no se renuncia, incluso en el más allá.

En otra ocasión, Alejandro me llevaría a uno de los inmensos cementerios de Lima para ver la tumba de Sarita Colonia (1914-1940). Esta frágil jovencita, venerada prácticamente como una santa, era considerada la protectora de los ladrones. A estos les bastaba con llevar una imagen de la pálida Sarita cosida en el forro de su abrigo para ser invisibles y escapar de la policía. Sin embargo, el secreto se descubrió y los policías comenzaron a registrar la ropa de los sospechosos, pues una imagen de ella equivalía casi a una confesión. A pesar de todo, frente a su tumba, quizá los mal informados siguen haciendo cola para comprar una imagen. «Hoy en día ya no funciona», dice Alejandro. «Los verdaderos ladrones obtienen una licenciatura en Derecho y se presentan a las elecciones». Alejandro también me llevaría a las ruinas de Pachacamac, donde se acudía respetuosamente a narrar a los muertos allí venerados los grandes acontecimientos del año transcurrido, oreando sus restos sobre las terrazas frente al océano. Un año más tarde, vuelvo al Perú en febrero, al inicio de la Semana Santa. Con Alejandro tomamos un avión a Bolivia, tan próxima de lo que fuera el imperio inca. En Oruro, ciudad minera de altura donde se celebra las grandes festividades de La Diablada, danzantes fastuosamente disfrazados y ataviados con plumas se menean incesantemente durante seis días en medio de la polvareda. Santos cristianos y paganos emergen entonces de las minas de los cerros para

atormentar a los humanos que extrajeron de allí los minerales que enriquecieron España. Alejandro no me dice ni una palabra sobre las penurias de la Conquista, ni sobre las tribulaciones de los que fueron esclavizados. A casi 3,700 m de altitud, a donde llegamos en apenas una hora desde el nivel del mar, todos los viajeros encuentran tan poco oxígeno que se cansan constantemente (o ríen absurdamente). Alejandro solo se detendrá en el vuelo de regreso a Lima. No estoy seguro de la lección que se podría extraer de esta breve travesía por el altiplano.

Es solo entonces que Alejandro me enseñará su nueva casa (en Alfredo León), el espacio que ha acondicionado para trabajar, escribir y ver sus películas de archivo dedicadas a la Segunda Guerra Mundial, los bombardeos, los campos de exterminio, los desembarcos. Una verdadera afición en su caso. Aunque no nos dice nada al respecto. Sin duda, todos conocemos esas noticias televisivas sobre el fin del mundo. De hecho, en Francia, las repiten todos los años.

Fecha de recepción: 2025-11-20.  
Fecha de aceptación: 2026-03-23.  
Fecha de publicación: 2026-06-30.

